

INÉS MARTÍN RODRIGO

Una homosexualidad propia

*Una reivindicación de
la identidad lésbica a través
de sus referentes culturales*

**INÉS MARTÍN
RODRIGO**

**Una homosexualidad
propia**

*Una reivindicación de la identidad lésbica
a través de sus referentes culturales*

DESTINO Referentes

Volumen 11

© Inés Martín Rodrigo, 2023
Autora representada por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.edestino.es

Primera edición: junio de 2023
ISBN: 978-84-233-6362-9
Depósito legal: B. 8.169-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Marimacho	11
Pecado	21
Soy lesbiana	29
Pon a un amigo gay en tu vida	41
Lecturas iniciáticas	55
Unas bolleras de cuidado	73
Salir del armario	87
Estereotipos que no se olvidan	101
Todas las tenistas son lesbianas y otros falsos axiomas	109
Hay una lesbiana en mi película	119
Epílogo. Yo no soy valiente	129

Marimacho

Tengo una querencia especial por las palabras. Me gustan y disfruto jugando con ellas, un gozo que es la finalidad primera y última de la escritura, al menos de la mía. Me detengo en su sonido, en su rima, en su entonación. Las pronuncio con atención y así también las escucho. Por eso las escojo con cuidado, siendo muy consciente de su significado, de lo que encierran sus sílabas, de la realidad que describen, teniendo en cuenta, además, que muchas de ellas presentan diversas acepciones, no opuestas, pero sí, en algunos casos, bien diferentes y muy desconocidas. Cada año, de hecho, aguardo con un entusiasmo casi infantil, algo ingenuo, a que llegue el día, siempre a finales de diciembre, en el que la Real Academia Española (RAE) anuncia el nuevo grupo elegido para entrar en su Diccionario, como si por ser seleccionadas recibieran un

trato especial o existieran más y mejor que el resto, aquellas que todavía permanecen en los márgenes del lenguaje, que se usan pero no tienen identidad oficial.

Todo este rodeo semántico y sintáctico responde a mi reticencia a escribir la palabra con la que paradójicamente he decidido, por mucho que nunca sea fácil arrancar un libro y después de meditarlo largo tiempo, comenzar estas líneas: *marimacho*. Es un rechazo subjetivo, personal, que tiene su raíz, profunda y arraigada, en el origen parcial de este texto. Aunque, recurriendo ya a motivos algo más objetivos y prosaicos, es un término poco agraciado, sus rasgos caligráficos no son favorecedores; *marimacho* suena mal y por lo tanto es una palabra fea. No es un planteamiento simplista ni caprichoso, o no del todo, al menos. No me gusta pronunciar esa palabra, me incomoda y evito escribirla. Pero lo que nunca he soportado ha sido escucharla, y he tenido que hacerlo en bastantes ocasiones, la mayoría de ellas durante mi infancia y mi adolescencia.

Según el Diccionario de la RAE, *marimacho* es una «Mujer que en su corpulencia o acciones parece

hombre», significado que dudo que conocieran, porque no les importaba ni eran conscientes de lo que implicaba social y culturalmente, quienes usaban ese vocablo para dirigirse a mí y describirme, pues solo buscaban insultarme. Y así lo percibía yo. Cada vez que oía ese *marimacho*, entonado con desprecio, como si en lugar de decirse se escupiera, me sentía rechazada, acosada, incomprendida, fuera de ese lugar llamado *sociedad*, tan inhóspito como inaprensible, que repele hasta expulsarlo todo lo que se escapa de lo considerado (¿por quién?, ¿basándose en qué?, ¿desde cuándo?, ¿por qué?) como normal, siempre normativo, excluyente.

Es una palabra, *marimacho*, que curiosamente en el Diccionario no se considera despectiva, solo se describe como *coloquial*. Sí son despectivos, en opinión de la Academia y sus académicos (en la actualidad, y sin temor a que la cifra quede desactualizada pronto, hay nueve mujeres académicas de número en la magna institución), dos de sus sinónimos, no tan empleados, seguramente por pereza, inercia o puro desconocimiento: *machota*, que es una «Mujer hombruna, marimacho», y *machorra*, cuya tercera

acepción, «Hembra estéril», conecta con la capacidad reproductiva de las mujeres, condición que todavía hoy tristemente nos define. La maternidad, que es un derecho y como tal puede o no ejercerse, no debe ser el centro de la identidad femenina. Pero esa es otra batalla y corresponde plantearla en otros textos.

Los niños y las niñas que así se dirigían a mí («¡Marimacho!», escrito entre signos de exclamación, ya que era como se profería, con agresividad) en el colegio, en las actividades extraescolares, en los cumpleaños o en el parque lo hacían porque antes lo habían oído en sus casas o en sus entornos familiares. El lenguaje, como tantas otras cosas, como las conductas, como las costumbres, como la educación, al fin y al cabo, se aprende también, aunque no solo, por contagio e imitación. Una tiende a repetir lo que ve y lo que escucha, de manera irracional e inconsciente, pero lo hace. «Esa es una marimacho», «Menuda marimacho está hecha», «Inés es un (sin la letra *a* al final, cambiando de género a la palabra y a su receptora) marimacho», debían de decir los padres, los abuelos, los tíos de mis compañeros de clase en con-

versaciones banales, aparentemente inocuas y, sin embargo, destructivas.

¿Acaso yo era un marimacho? ¿Era una «mujer (niña, entonces) que en su corpulencia o acciones parece hombre»? Es verdad que era grande, alta, bastante más que la media de mi edad, como quedaba claro en la fotografía que anualmente nos tomaban en el colegio, donde me colocaban siempre en la última fila, con mi corte de pelo a lo Playmobil y mis chapeatas coloradas. Pero ¿cuáles eran esos comportamientos que me hacían, a ojos del resto, de todos los demás, de la *sociedad*, parecer un niño? ¿Qué acciones eran más propias de los niños que de las niñas? ¿Actuaba yo así, como no (se) debía, a tenor de los insultos que recibía? ¿Qué había mal en mí? ¿Qué era lo inadecuado en mi forma de ser, lo *anormal*?

Para poder responder a esas preguntas, que no me planteé porque no pude —no fui capaz, hasta muchos años después de aquello, seguramente demasiados—, tuve que recurrir al tópico que, como la etiqueta, siempre constriñe, y a mí, al menos, me asfixia. De los colores a los deportes. De la apariencia física a la estética. De los juegos y los juguetes a los dibujos. Lo rosa

vinculado a lo femenino y lo azul, a lo masculino: paredes de habitaciones, sábanas, edredones, mantas, cunas, cochecitos, ropa, zapatos... Las muñecas, las cocinitas, las tablas de planchar, las lavadoras y secadoras, los utensilios de pelo, para las niñas. Los balones, los coches, los indios y los vaqueros, incluso los videojuegos, para los niños. Pero a mí no me gustaba jugar con muñecas, como mucho, peinarlas; no tuve ni una sola, ni Barbie ni Nancy ni Nenuco siquiera.

Mis ídolos eran el *Superman* de Christopher Reeve (perdí un diente por su culpa, pues con la toalla que una tarde de verano improvisé como capa no volaba) y Michael Knight (pronunciado, con mi lengua de trapo, *Nain*) y su *coche fantástico* (todavía hoy, cada vez que lo recuerdo, tarareo el ochentero tema de Stu Phillips). Disfrutaba echando partidos de fútbol en los que otra compañera y yo éramos las únicas niñas y viéndolos en la televisión, montando en bicicleta, jugando al tenis y al pimpón, disfrazándome de Peter Pan o Capitán Garfio en carnaval. Siempre pedía para Reyes un balón y un Scalextric, que nunca me trajeron porque eran demasiado caros, como después descubrí con todo lo demás. Odiaba los vestidos, las

faldas, los leotardos, las medias, llevar el pelo largo. Y todo eso hacía que, al compararme con las demás niñas, con mi hermana, un año menor que yo, me sintiera distinta, extraña y profundamente culpable.

Es un pensamiento injusto, tanto para mis padres como para mí, pero creo que tuvieron suerte de que a ella sí le gustaran todas las cosas que debían gustarle porque era una niña. Al menos con mi hermana no se salieron de la *norma*. Yo era la *rarita*, el (empleo el artículo determinado, la palabra, una vez más, como condicionante de género) *marimacho*, y ella lo compensaba con creces, pues encajaba a la perfección en los comportamientos, las aficiones, las apariencias, las preferencias asociadas a lo femenino, todas mis supuestas carencias. No digo que mis padres lo pensarán de manera racional, que se sintieran aliviados y hablaran de ello, con la televisión de fondo, al irnos nosotras a la cama, que es el único rato de intimidad que les queda a las parejas mientras crían a sus hijos. Pero me cuesta imaginar (nunca he podido preguntárselo a ninguno de los dos por razones diversas, muy diferentes, en las que abundaré en las siguientes páginas) que en el contexto en el que mi hermana y yo

crecimos, en un pueblo de poco más de mil habitantes, mis padres no sufrieran la presión social de ver, de comprobar a diario que su hija mayor no era como las otras niñas, que no era *normal*. Que era un *mari-macho*. Y sin embargo en casa, en mi familia, nunca me sentí juzgada, coaccionada o mediatizada. Fui una niña libre, todo lo libre que pude, al menos de puertas adentro. Por eso me entristece (es eso, tristeza, no enfado ni rabia) escuchar a la madre de L. decir, como quien recuerda una historieta, buscando provocar la risa inocente, que a su hija pequeña solo le gustaba jugar con pistolas. «Iba por toda la casa disparando y yo pensaba: a ver si nos va a salir *rarita*, de la acera de enfrente.» Esa anécdota, que ella sigue contando con frecuencia, es de hace ya unas cuantas décadas, pero continúa marcando, desde la distancia que impone lo velado, la relación de ambas.

Lo único que siempre se salvó del encasillamiento, del juicio propio y ajeno, fue la lectura. Determinados libros nunca fueron más de niños que de niñas o viceversa. Ni en casa, ni en la biblioteca, ni en el colegio, ni en las librerías. Al menos así lo viví yo. Podía disfrutar lo mismo, sin sentirme mal por ello, de *La*

princesa y el guisante o de *Blancanieves* que de *Pinocho* o de *El gato con botas*. Luego llegaron *Los cinco*, de Enid Blyton, *La historia interminable*, de Michael Ende, o todos los cuentos de Roald Dahl, de *Matilda* a *Las brujas*. Gracias a aquellos personajes maravillosos podías ser lo que quisieras, también una niña a la que le gustaban las cosas que solo podían gustarles a los niños. La literatura, de nuevo, como refugio frente a la adversidad vital, como tabla de salvación. A ella me agarré entonces y lo sigo haciendo hoy, cada día.

De ahí este libro, fruto de mi compromiso y de mi sentido de la responsabilidad. Es, sin duda, el texto que a mí me habría gustado leer antes de juzgarme sin conocerme, y así espero que sea recibido. Aspiro a contar lo que nunca pude leer, lo que no tuve oportunidad de escuchar. La historia de lo silenciado, de lo estigmatizado, de lo oculto, del largo camino a tientas, si no a oscuras, hasta el descubrimiento de mi orientación sexual, hasta poder reconocerme como mujer homosexual. Sin miedo. Con orgullo. Porque los derechos no están garantizados y es en los momentos críticos, de inestabilidad, en los que es necesario dar un paso al frente. Podría haber sido una niña como las

demás, con su camisita y su canesú, a la que le gustaran las muñecas y le chiflara disfrazarse de princesa y, además, lesbiana. Por supuesto. Lo contrario sería un argumento absurdo y carente de razones. Pero no lo fui. Y esta es mi historia, propia y, sin embargo, universal. Para eso también sirve la literatura, para mirarse en el espejo de los otros.